

La insistencia del daño

José Sarria

La insistencia del daño

Fernando Valverde

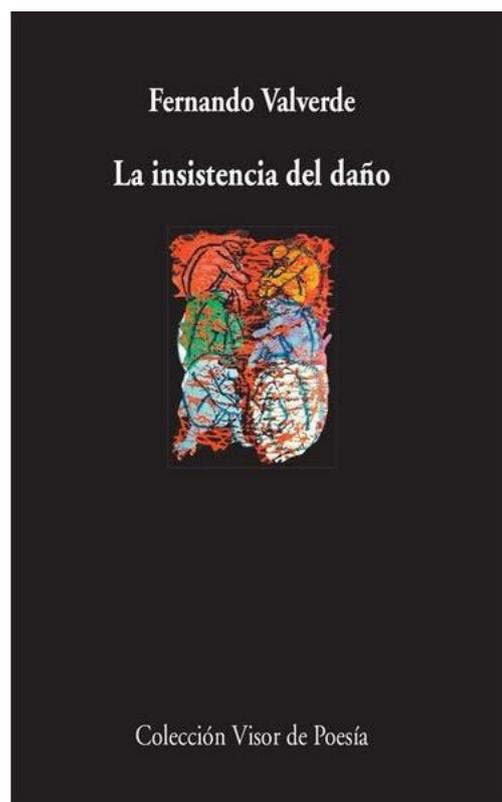
Colección Visor de Poesía, Madrid, 2014

La poesía ha pasado de ser un género venerado, amado y respetado, a estar –desde hace décadas- contra las cuerdas.

A la pregunta del porqué se ha llegado a esta situación no son pocos los que argumentan, en una especie de autocomplaciente resignación, que esto concurre al ser la poesía un género para minorías, una categoría literaria para un grupo selecto de entendidos: posiblemente la última reminiscencia burguesa. Y aquí, regresan a mi mente aquellas palabras que escribiera Rainer María Rilke al joven cadete de la escuela militar austrohúngara, Franz Xaver

Kappus, a quien dirigió sus *Cartas a un joven poeta* y en las que leemos: “Si su vida cotidiana le parece pobre, no se queje de ella; quejese de usted mismo”.

Antonio Colinas aportaba alguna luz, al respecto de esta cuestión, en una reciente entrevista concedida al periódico *El País*, donde señalaba lo siguiente: “Nosotros hemos cometido el gran error de reducirla a algo intelectual y hemos olvidado que también se comunica. La poesía es un



fruto, pero tendemos a verla como un producto, un producto para el análisis. Por supuesto que es un género literario, pero nos faltan los mecanismos para conectar más, para que sea más popular y vuelva a tener esa presencia viva en la sociedad". Y esta es la cuestión, el nudo gordiano, pues a partir de la vanguardia se ha producido toda una suerte de vuelta de tuerca: experimentación, culturalismo, hermetismo o fragmentarismo que han concebido refugios, nichos, que han contribuido a segregar arte y vida. La poesía se ha convertido en un simulacro, en una impostura que poco o nada tiene que ver con la realidad en la que vive el conjunto de la sociedad. De ahí el distanciamiento entre poesía y lectores o receptores.

El antagonismo comienza a partir de la búsqueda de los estados puros, desde la trinchera de la poesía simbolista, con sus predecesores Charles Baudelaire o Mallarmé, pasando por el texto *La Poésie pure* del abate Henri Bremond, hasta los más cercanos defensores de este camino, como fueron Juan Ramón Jiménez o Jorge Guillén. Así lo significaba José Ortega y Gasset en su libro *La deshumanización del arte*¹, en donde cuestiona el valor de las vanguardias surgidas tras la Primera Guerra Mundial. Ortega habla de un “arte para minorías” que elimina los elementos humanos y retiene la materia puramente estética. Un arte para artistas y no para la masa de los hombres, en donde el creador pretende ser artista antes que hombre; en definitiva, un “arte de casta y no demótico”. Así de rotundo se muestra Ortega en uno de los pasajes: “Lo característico del arte nuevo es que divide al público en estas dos clases de hombres: los que lo entienden y los que no lo entienden... /... El arte nuevo, por lo visto, no es para todo el mundo, sino que va, desde luego, dirigido a una minoría especialmente dotada”. El arte será concebido, a partir de este momento, como destino de

¹ ORTEGA Y GASSET, José. *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. Revista de Occidente, Madrid, 1976.

unos cuantos privilegiados: los intelectuales, con capacidad de entender la modernidad y las nuevas formas de expresión, siendo estos los únicos que pueden explicar al resto la profundidad de los valores del arte. Y de aquellos polvos estos lodos.

Sin embargo, no todo está perdido. Así, Pablo Neruda, desde la revista *Caballo verde para la poesía*, en su primera edición del año 1935 abogó por una poesía “impura” en su artículo “Sobre una poesía sin pureza”, en donde leemos aquel inmarcesible texto: “*Una poesía impura, como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilias, profecías, declaraciones de amor y de odio, animales, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos*”. Neruda hacía la primera declaración expresa de una poética que asociaba la vida y la creación lírica de una manera indeleble. Era todo un manifiesto ético-estético, una manera de ver el mundo, de entenderlo y de explicarlo, cuya estela recogerán Celaya, Blas de Otero, José Hierro, Félix Grande o Jorge Riechman.

Y en este ámbito llega hasta mis manos el poemario *La insistencia del daño* del joven granadino Fernando Valverde (Granada, 1980). Un libro que surca las aguas confusas de poesía española contemporánea, en donde toda la cacharrería posmoderna ha desembarcado en los últimos años con una retahíla de planteamientos líricos, no ya extraños para el lector menos avezado, sino absolutamente confusos para los que amamos la poesía: nuevo simbolismo, escritura del desconcierto, poesía limítrofe, poesía-palimpsesto o poesía del fragmento. Sin duda, una poesía desolada, como certeramente la identificó el crítico Rafael Morales Barba.²

² MORALES BARBA, RAFAEL. *Última poesía española (1990-2005)*. Editorial Marenostrom. Madrid, 2006.

Valverde nos avisa con este magnífico alejandrino: “Podéis mirar el mundo a través de mi llanto”, del poema *Playa de San Cristóbal*, que la suya es una poesía que va asumir el uso de la palabra como obligación social bajo los irrenunciables principios de compromiso y comportamiento ético. Es el propio autor quien ha manifestado en una reciente entrevista que con este texto “he querido abandonar la indiferencia en la que nos hemos instalado para tratar de explicarme nuestra complicidad con el sufrimiento y la injusticia”. Fernando posee el arte, la maestría de los grandes poetas, aquellos que tienen la capacidad de contar sus experiencias para universalizarlas, restaurando a los personajes hasta que se convierten en nosotros mismos y nos identifican, y nos llevan también a nuestros recuerdos, y nos sanan, y nos redimen, y nos salvan.

Valverde ha tomado la decidida opción de utilizar la poesía como reivindicación del compromiso: compromiso con la palabra y con la vida, que debe incluir siempre a los otros y que no significa instrumentalización ni militancia, sino vinculación y resistencia, por lo que no resulta extraña su inclusión en la controvertida antología “Poesía ante la incertidumbre”³. El poeta ha optado por levantar un estandarte contra el olvido, contra la conformidad (“Ahora que puedo ver tu soledad / comprendo el equilibrio de las piedras”, del poema *Llanto de difuntos*), una insurrección contra la dejación y la amnesia social (“Ya no se espera a Dios en este continente”, del poema *El terremoto*), para rescatar a los débiles, a los afectados, a los frágiles (“Es todo tan inmenso que no cabe el llanto / y el dolor nos observa desde fuera”, del poema *El daño*), que se hacen presentes en cada una de sus propuestas líricas, entroncando con la tradición de la poesía de lo cotidiano de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Huidobro, Nicanor Parra o

³*Poesía ante la incertidumbre*. VISOR Libros. Madrid, 2011.

Ernesto Cardenal, quienes junto con nuestro poeta han practicado una poesía de lo diario, con gusto a lo trivial e inmediata.

El poeta es el único ser que tiene la conciencia de haber sido expulsado del Paraíso. Ya lo señalaba Nicanor Parra, quien escribe en su poema *Advertencia al lector* que: “El cielo se está cayendo a pedazos”. Valverde, en esta misma línea, advierte el dolor humano de los expulsados (“Toda la angustia elige el mismo tiempo.../... Todo ya es parte de la misma herida”, del magnífico poema *Babel* que abre, a modo de frontispicio, el poemario) desde la recreación de un determinado campo léxico (frágil, vulnerable, desgracia, soledad, envejecer, miedo, muerte, herida, etc.) que recorre todo el texto, fundamentado sobre la lírica de la desolación o del naufragio por lo que contemplan sus ojos, optando por construir, desde un acendrado intimismo, un relato épico, heroico y solidario con el que denunciar el silencio cómplice de nuestra sociedad contemporánea, a fin de tender un puente hacia la dignidad por el que pasen los hombres humillados de la Tierra, tal y como escribió el poeta hondureño Roberto Sosa.

Valverde ha optado por un lenguaje asequible, de tono civil, inmediato y comunicativo, alejado de la sacralización contemporánea del quehacer poético, en la estela del poeta Paolo Ruffilli, quien escribió: “*He aquí mi sueño de escritor: quitar peso, el mayor posible, a mi escritura... Para pronunciar verdaderamente lo sublime, pienso que es preciso salir del calco, de la huella, de un rastro sutil. Por una ley de lo inversamente proporcional: cuanto más bajo es el tono, tanto más alto es el efecto.*”. Así es la poesía de Valverde en quien claridad o utilidad no vienen a significar menoscabo de un intenso proceso reflexivo, ya que su lírica revela “muchas horas gastadas en meditar sobre los enigmas del hombre y del mundo”, al decir machadiano. En efecto, el libro puede entenderse como un conjunto

cubista, en el sentido de lugar común en el que el autor engarza sus vivencias en numerosos planos sucesivos, donde confluyen y se encastran pasado, presente y futuro, insertos en la misma realidad objetiva, con el fin de analizar y reflexionar acerca de la condición de la existencia humana. En cuanto a lo formal, el texto ha sido construido con gran precisión métrica, tallado bajo el soporte de brillantes alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos, de excepcional dimensión formal, que confieren a los versos un ritmo armónico y equilibrado.

En *La insistencia del daño* los poemas van mucho más allá del inmediato concepto o de la mera crónica cotidiana; los personajes y su contexto han dejado de ser lo que representan para reunirse en el espacio que delimitan los extramuros del poeta y experimentar en ese espacio la trascendencia de la palabra. Así es, pues el texto posee un alcance meditativo, sugerente y de interiorización de excelente factura, en un poemario que va desgranando la evolución del desarraigo (“todos los mapas buscan un regreso”, del poema *Bogotá*), del dolor que existe en la intemperie (“los tristes nunca llenan de luz las estaciones”, del poema *Levizzano*), desde donde el poeta construye una declaración doliente del desamparo, del abatimiento y de la consternación, sustentada bajo el poder vivificador de la palabra, en donde se concita una armónica miscelánea de vivencias personales (como el espléndido poema dedicado a la recién nacida Celia que cierra con estos versos: “no conoces el mar, ni el barro, ni los árboles, / pero ya eres un bosque por el que pasa un río”), de imágenes de lejanos lugares (Chiapas, la Plaza Sintagma de Atenas, la ciudades de Agra, Puebla o Kutná Hora) y de algunos recorridos por la historia reciente, su propia intrahistoria o de personajes mitificados (como los poemas dedicados a la novelista Ana Brontë, al poeta bosnio Izet Sarajlic o el relativo al lavadero del Hospital de Malta, en Vallagrande, donde fue colocado el cadáver del Ché).

Dividido en cuatro apartados (*Cruces y sombras*, *El viaje del mundo*, *La tristeza en los mapas* y *La luz no llegará viva a mañana*) que interactúan de forma precisa con el presente y con los acontecimientos más inmediatos, *La insistencia del daño* es un libro que opta por ser testimonio vivo, amargo y sufriente del dolor del hombre enajenado por una sociedad abusiva y, a veces, arbitraria, al modo de Primo Levi quien entendió, tras un alto el fuego en la ciudad de Munich, arrasada por las bombas, que su tarea, su destino debía de ser el de “dar testimonio”.

Descubrir *La insistencia del daño* es allanarse, desde la arquitectura de un poemario muy bien conformado, a la sensación doliente de quien ha emprendido una aventura: la de la búsqueda humana, bajo la fantástica influencia visionaria que proporciona la hermosa iconografía que se sustenta en la cosmogonía de los lugares, de los personajes y de las experiencias que se esconden tras sus versos y que sirven como testera de un conjunto de poemas que nos revelarán (posiblemente de forma cuasi autobiográfica) el sendero de la caída, del derrumbamiento, del fracaso, para hacer de todo ello testimonio vivificante de un poeta que ha decidido no permanecer ajeno o indiferente ante la injusticia o frente al sufrimiento humano.